

más con su misma objeción, les puedo decir: Nosotros somos el sol que se pára en el meridiano; vosotros sois soles que queréis pasar adelante: pasad enhorabuena, pero tened entendido que caminaís á las tinieblas del ocaso.

Decidme: ¿en qué ha progresado la sociedad fuera de Jesucristo? ¿Qué han descubierto de nuevo en el terreno teológico, que ó no sea falso, ó, si es verdadero, no lo supiésemos hace diecinueve siglos los cristianos? Si ¡ni aun errores nuevos han sabido ya inventar, sino únicamente resucitar los antiguos, que fueron ya en su tiempo refutados por los Santos Padres! y tal vez algún granuja de la ciencia ha ido á la suma de Santo Tomás á copiar las dificultades que el santo Doctor se propone y suelta, para, callando sus soluciones, ponerlas como dificultades propias é irrefutables en manos de los ignorantes.

Y ¡qué! todo este siglo ¿no está confesando que es el siglo de las cuestiones, buscando la resolución á la cuestión obrera, á la cuestión religiosa, á la cuestión política y á otras mil? Y ¿qué otra cosa es la cuestión sino la ignorancia? ¿Qué será, pues, el siglo de las cuestiones sino el siglo de las ignorancias? Aunque no para nosotros, sino para ellos, que no quieren admitir las soluciones que la Iglesia tiene dadas hace siglos. De ahí ese aluvión de filosofías y de sistemas, tantos, tan varios, tan contradictorios, progresivos unos y regresivos otros, disparatados todos, que van y vienen y se chocan, y nos hacen otra vez exclamar con Bossuet: *Tú varias, luego no eres la verdad.* ¿Acaso hay entre cien cabezas de los modernos filó-

sofos ni siquiera dos que convengan del todo en un sistema? ¡Digno premio de la sociedad de hoy, que creyéndose adulta se ha separado de la Iglesia de Cristo para andar por sí sola, y ha dado tantos tropezones, que aun el más rudo echa de ver que es incapaz de salir por sí sola de una perpetua minoridad!

En cambio la dogmática de Cristo, inmóvil en el zenit de la verdad, ha visto, por espacio ya de veinte siglos, y aún está viendo cruzar en todas direcciones innumerables aerolitos, que en su orgullo amenazan oscurecerla. Por aquí pasa Hégel, corriendo tras de Fichte y Schelling, y perseguido de Hártmann: por allá pasa Hæckel, á trechos corriendo con Darwin y á trechos tropezando con Wirchow: por otro lado Littré y Augusto Comte con su grey de positivistas; Stuart-Mill y Húxley con un rebaño de materialistas; Baur y Strauss con una nebulosa de racionalistas. Allan-Kardec y Flammarión y Spéncer y otros ciento ¿qué son?... Aerolitos! Y pasaron los aerolitos, y el sol de la verdad persevera, sin progresar, pero con toda su luz.

Mas no, Señores, los sabios de Cristo no rechazan el verdadero progreso, que consiste en el desarrollo del árbol de la verdad. Entrad por favor en una biblioteca. Desafío á cualquiera á ver quién ha escrito más y más profundo. Y si los Aquinos, los Bolandos y los Benedictinos de San Mauro, los Alápide, los Cornely y los Belarminos, los Petavios y Nieremberg, los Escotos y los Suárez, los Lugos y Salmerones, los Bossuet y los Bourdaloue, los Leones y los Granadas con

todos sus infolios, no le hacen confesar que el pueblo católico es el pueblo más progresista de la tierra; es porque no entiende ni las portadas de los libros.

¡Ah! y no tengo tiempo para explicarlo! pero si de las grandes ideas y moral pura, que saben y escriben los que están y han estado fuera de la Iglesia de Cristo, examinásemos la procedencia, ¡cómo hallaríamos que la mayor parte es de la Iglesia, que al emanciparse esos hijos pródigos de su tutela, les dejó llevar buena parte de su herencia! la cual era tan rica, que merced á ella y á lo que como hermanos les seguimos comunicando por la vecindad los católicos, aún no se han visto obligados á comer las bellotas de que se alimenta la gentilidad.

Señores: ¿quién ha de atreverse ya á decir que Jesucristo no reina en las ciencias? Pues deteneos un momento á ver como reina en las artes. Porque queriendo Jesucristo levantar un templo digno de su Iglesia de sabios, llamó á todos los artistas: y obedientes á su Rey todos los mejores arquitectos, los Bramantes y Miguel Ángel, los Herreras, los Colonias y Siloe y otros mil, le erigieron las basílicas de Santa Sofía y San Pedro, las catedrales de Reims y Chartres, de Strasburgo y Amiéns, de Burgos y Toledo; y le inventaron nuevos estilos arquitectónicos, el gótico, el románico, el plateresco; y lanzaron al aire las más suntuosas bóvedas, coronadas de finísimas torres y altísimas agujas.

Y luego le esculpieron infinidad de estatuas los Chiberti y Robbia, los Siloe, Keraff y Cellini, los Mi-

guel Ángel, los Berruguete, Montañés y Zarcillo, y esos autores de fachadas como la del Sarmental y retablos como los de San Nicolás y Santa Ana; en los cuales la madera vive, la piedra palpita, el marmol habla y todo inspira virtud y santidad.

Y en pos los más divinos pintores Cimabée y Giotto, Fra-Angélico y Miguel Ángel, Rafael y Murillo, Velázquez y Ribera, ungiendo sus pinceles en la fuente del sol y en la de la gracia, le pintaron los más ideales cuadros.

Y como si no fueran dignos de penetrar en el santuario todos los rayos del sol, cernieronlos y tamizaronlos en preciosísimas vidrieras de colores, que daban paso únicamente á los más delicados rayos.

Y subieron al púlpito á alabarle los mejores oradores, y le compusieron preciosísimos himnos los mejores poetas, y se los cantaron los mejores músicos, Gregorio Magno, Guido Aretino, Palestrina y Morales, Mózart y Cherubini, Victoria y Eslava acompañándose con el rey de los instrumentos, el órgano, que para él exclusivamente inventaron.

Entretanto en el pavimento se incrustaban los mosaicos más admirables y se tendían las mejores alfombras; de los muros pendían las más ricas sedas y tapices; en los retablos lucían las más hermosas flores; en el altar la mantelería más fina; en los ornamentos sacerdotales los bordados y encajes más delicados; en los cálices y copones, relicarios y custodias el oro más puro, las perlas y diamantes de mayor valía; en los devocionarios y libros sagrados las más primorosas estampas y miniaturas; en el espacio las

arañas más lucientes; y en la torre las más vibrantes campanas: para que desde el grano de ágata incrustado en los mosaicos, hasta las masas de las cúpulas; desde el suspiro de la virgen que lee en el devocionario, hasta el acorde del órgano; desde el cambiante de la perla hasta el haz de rayos del sol; todas las artes, lo mismo que las ciencias, gritasen á la fantasía y al corazón, á la vista y al alma toda de los fieles: *¡Hosanna á Cristo Rey de los sabios! Cristo es el Rey de las ciencias! Cristo es el Rey de las artes!*



## LA CIENCIA ANTICRISTIANA